



**MENSAJE ARQUIPASTORAL DE SU BEATITUD
METROPOLITANO TIKHON
PASCUA 2019**

A los venerables Jerarcas, Reverendo Clero, Monásticos, Distinguidos Servidores, y a toda la familia de la Iglesia Ortodoxa en América:

¡CRISTO HA RESUCITADO! ¡EN VERDAD HA RESUCITADO!

*Que nadie tema a la muerte
Pues la muerte del Salvador nos ha liberado.*

Con estas palabras, y otras poderosas e inspiradoras palabras de su homilía pascual, San Juan Crisóstomo nos recuerda aquello que Cristo ha logrado en esta radiante y gloriosa fiesta de la Santa Pascua: la victoria sobre la muerte, la revelación del Reino universal, y el reinado de la vida eterna. La muerte perdió su aguijón y el hades ha sido abolido, burlado, y destruido. Cristo ha resucitado y la vida reina.

*Que nadie tema a la muerte
Pues la muerte del Salvador nos ha liberado.*

La vida reina y aun así, en esta radiante y salvífico día, san Juan no nos dice que la Resurrección del Salvador es la que nos ha liberado sino más bien su muerte lo ha hecho. Nosotros manifestamos esta realidad al cantar incesantemente que Cristo ha pisoteado a la muerte con *su muerte*. Es precisamente a través de su muerte voluntaria en la Cruz que Cristo ahora levanta todas las cosas hacia sí mismo, como el icono de la resurrección nos indica al representar al Señor levantando a Adán y Eva – toda la raza humana – desde el hades con sus manos extendidas en forma de cruz.

*Que nadie tema a la muerte
Pues la muerte del Salvador nos ha liberado.*

Y aun así, sabemos muy bien, que nuestra existencia todavía está llena de corrupción, enfermedad, y pasión, y que termina con nuestra muerte corporal. Entonces ¿de qué forma hemos sido liberados por la muerte del Salvador? Hemos sido liberados pues, aunque sufrimos, aunque soportamos enfermedades, aunque morimos, no le tememos a la muerte. La muerte ya no es ese abismo oscuro de vaciedad, sino más bien se convierte en ese lugar en el que contemplamos al Señor resucitado en toda su gloria, una gloria que hoy traspasa incluso las profundidades del hades. Somos libres pues la tumba no es nuestra morada final sino que se ha convertido en la entrada hacia otra vida que es eterna, una entrada a la vida que Cristo mismo nos ha dado a nosotros, que estábamos en las tumbas.

En esta nueva vida, no solo venimos ante la presencia del Señor sino que lo obtenemos para nosotros. Como el Apóstol Pablo exclama: *Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia* (Filipenses 1:21). Si tenemos a Cristo, vivimos en Él y nuestra muerte corporal es meramente el velo final hacia la verdadera y auténtica comunión con Él. ¿Cómo ha de temer alguien a esto? Lo que experimentamos en el esplendoroso y radiante día de Pascua no es

simplemente un luz externa y un júbilo pasajero sino una transformación de nuestro temor, nuestro dolor, y el sufrimiento hacia probar la libertad de la vida eterna.

Para ser libres, necesitamos obtener a Cristo, no de forma filosófica o abstracta, sino a través de nuestra concreta participación en su muerte y resurrección: *Ayer, oh Cristo, fui sepultado contigo y hoy me levanto contigo, en tu Resurrección.* Con nuestro bautismo, todas las dolorosas realidades de nuestra existencia – enfermedad, desespero, corrupción y muerte – son sepultadas en Cristo y nos levantamos junto con Aquel quien voluntariamente llevó nuestra debilidad humana, voluntariamente soportó sufrimiento, y voluntariamente murió. Y al hacer esto, Él ha levantado hacia la vida eterna a aquellos que se convierten en su Cuerpo a través de la comunión con Él.

Cristo ha resucitado y ninguno de los muertos permanece en el sepulcro

La resurrección es universal – es otorgada a toda la humanidad y a toda la creación – y es por eso que tú y yo somos ahora libres de entrar en la experiencia de forma muy verdadera. Mas nosotros necesitamos recibir esa experiencia de la misma manera en que los apóstoles la recibieron y la transmitieron: *Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de vida, - pues la Vida se manifestó, y nosotros la hemos visto y damos testimonio y os anunciamos la Vida eterna, que estaba vuelta hacia el Padre y que se nos manifestó - 3.lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Os escribimos esto para que nuestro gozo sea completo.* (1 Juan 1:1-4)

Hoy, todos nosotros – tanto aquellos que han ayunado y los que han omitido el ayuno, tanto ricos como pobres, tanto los sobrios como los desatentos, tanto enfermos como saludables, tanto los estables y los confundidos – se les ofrece esta vida. Es ahora nuestro turno de completar esta alegría al dispersar el temor a la muerte, al voluntariamente morir para nosotros mismos y vivir para otros, al sepultar nuestros apasionados deseos en la tumba del amor, al poner freno a reprender a otros y al extender nuestro manto sobre aquellos que caen, al regocijarnos junto con aquellos que se regocijan y llorar con aquellos que lloran, al sufrir junto a los enfermos y lamentar con los pecadores, y al fortalecer a aquellos que se arrepienten. Y al hacer esto, entonces gozaremos verdaderamente esta hermosa y radiantemente triunfal fiesta, recibir nuestra recompensa, y entrar en la alegría del Señor.

¡Cristo ha Resucitado!

A handwritten signature in blue ink, appearing to read 'Tikhon', written in a cursive style.

+TIKHON
Arzobispo de Washington
Metropolitano de Toda América y Canadá